Una obra... que siempre va conmigo

Aunque no ignoraba que Antonio Machado era un gran poeta, cuyos versos más conocidos me sabía de memoria desde los años del Instituto, descubrí verdaderamente su obra leyendo, a los diez y nueve años, durante las febriles noches de mayo del 68, la traducción francesa de *Juan de Mairena* de Marguerite Léon con prólogo de Jean Cassou. Pero esta lectura no era casual. El encuentro, a principios de este mismo año, de unos textos machadianos (con un ensayo de Manuel Tuñón de Lara) sobre intelectuales y obreros, y sobre la política y la juventud, me había apasionado. Y el juicio circunspecto o irónico de Jean Cassou sobre el creador de *Juan de Mairena* («poète gnomique») me parecía insuficiente como aproximación a los apócrifos, más quizá que la ambigua discriminación entre el hombre y el creador que pretendió establecer Juan Goytisolo un poco más tarde. Pero había tenido la suerte de consultar mis dudas durante horas enteras, primero con Manuel Tuñón de Lara – quien me mandaba otros textos de Machado recién descubiertos – y luego con José Hierro y Aurora de Albornoz. Bajo el signo de don Antonio tuvieron lugar otros encuentros y se iniciaron más amistades, pero estas tres fueron determinantes en mi vocación y mi labor de hispanista. José Hierro me había prestado la edición de la *Obras, Poesía y Prosa* que Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre acababan de publicar en la editorial bonaerense Losada, antes que un librero madrileño me abriera las puertas del armario metálico donde guardaba, para los especialistas y los extranjeros, los libros prohibidos. A los veinte años, pues, mi condición de extranjero me asimilaba prematuramente a aquéllos, veía cómo el nombre de un poeta era capaz de vencer las directrices de un censor, y estaba leyendo en una terraza de Recoletos un libro prohibido.

Por otra parte, comprobaba que el nombre de este poeta era una maravillosa llave, una fórmula mágica. Los intelectuales y escritores españoles, que encontraba durante mis viajes a Madrid, me hablaban de don Antonio con fervor y me animaban a seguir adelante: Machado no fue tan sentencioso como Ortega ni tan polémico como Unamuno,

ni pretendió jamás ejercer el más mínimo magisterio; su pensamiento no pretendía alcanzar dimensiones planetarias, ni formular insondables paradojas. Y sin embargo, algunas de sus páginas sobre los intelectuales y sobre la defensa y la difusión de la cultura tenían cierto parentesco con otras que yo había subrayado en una antología mejicana de los cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci, cuyas obras nadie se había preocupado todavía de traducir al francés. Los que fueron sus amigos me hablaron sencillamente de don Antonio. No olvidaré la cordialidad de algunos encuentros con Pablo de Cobos o con José Tudela, ni el más escenografiado, con José Bergamín sentado en la penumbra de su escritorio de la Plaza Mayor, señalándome gravemente de antemano por un «esto, por favor, no lo apunte» las sentencias y los juicios sobre sus coetáneos que quería perversamente inculcar en mi mente fascinada (llené dos folios). Con Machado descubrí pues la amistad, la benevolencia y cierta ironía pero también la hondura insospechada de un autor cuyo pensamiento con otra formación que la krausista hubiera podido admitir comparación con el de Gramsci.

Después de haber dedicado unas tesis de licenciatura de ciencias políticas y de estudios hispánicos al examen respectivo del ideario y de la concepción de la cultura de Machado, pensé proseguir un día esta reflexión con una tesis de Estado sobre *Antonio Machado y su tiempo*, pero me di cuenta de que tenía que ampliar esta problemática demasiado tradicional, adoptar otro enfoque y forjarme otra metodología. Machado no tenía un tiempo que le perteneciera en propio ni un entorno que fuera exclusivamente suyo, sino que estaba inmerso en el mismo contexto que sus coetáneos cuyas esperanzas, inquietudes e indignaciones compartía. Unos formaban parte del tiempo y del contexto de otros. Entendí que el estudio del papel y del influjo de los intelectuales en la sociedad contemporánea no escapaba a toda «sociología histórica» ni a cualquier reconstitución del conjunto de las posturas de los grupos ideológicos que participaban en el debate de ideas: no podía aislarse pues la obra de un escritor de los debates ideológicos que la rodeaban y la sustentaban, ni éstos del contexto socio-político madrileño que los generaba. Unamuno y Pérez de Ayala comentaban las reacciones de Ortega, Unamuno y Machado criticaban a Azorín. Muchas respuestas de Machado dependían de los planteamientos de Unamuno etc.

Las posturas de unos sólo se entienden en función de las de otros. No puede separarse pues el estudio de las mentalidades del de sus lugares y de sus medios de producción (instituciones docentes o no, lugares de sociabilidad, colaboraciones periodísticas etc.). Tal fue el punto de partida de una investigación más amplia, sobre los intelectuales españoles y la política a lo largo del primer tercio de este siglo, que pretendo terminar pronto. Pero esta encuesta confirma mis presuposiciones. Después de haber comparado las reacciones de muchos intelectuales frente a ciertos acontecimientos críticos suelo encontrar un punto de vista lapidario casi siempre acertado y profundamente original en el modesto o tardío comentario de Machado.

Intrigado por ciertas paradojas de Abel Martín y de Juan de Mairena – luego por el lento pero coherente caminar político que precedía la radicalización final y el compromiso cívico de un poeta aparentemente idealista –, descubrí una obra plural y fragmentaria cuya estructura compleja y constante evolución no dejaron de fascinarme nunca: una obra poética engastada en una reflexión filosófica que se incluía a su vez en una labor periodística – aunque Machado pudo librarse por su oficio de la servidumbre alimenticia del artículo cotidiano. Esto es lo que no deja de atraerme después de tantos años: la posibilidad de volver a leer esta obra bajo cualquier punto de vista, de considerarla según decenas de facetas insospechadas. Cada punto de vista desplaza, rectifica o modifica los demás. Los diferentes géneros que utiliza Machado se alumbran mutuamente, apareciendo a menudo como variación y comentario de un texto suyo precedente o como glosa de uno ajeno. Es cierto que esta práctica a la vez intratextual e intertextual de Machado permite pasar inmediatamente de un nivel lingüístico a otro aunque haya un elemento que organice el conjunto: Machado une siempre teoría y práctica: teoría y práctica de la poesía, teoría y práctica de la pedagogía, teoría y práctica de lo apócrifo, teoría y práctica del teatro e incluso teoría y práctica de la política.

Pero encuentro sobre todo en su obra una concepción de la literatura, que es en aquella época, totalmente nueva. Machado no distingue entre esencias diferentes. Superpone varios lenguajes y los une en un trabajo sin fin. Una práctica intimista y diaria de la escritura, la falta de un proyecto único (Machado nunca quiso escribir un libro porque desconfiaba de toda sistematización), el carácter difuso y provisional

de sus apuntes y anotaciones, ponen de manifiesto la necesidad – y quizá la dificultad – de recogimiento que sintió en la búsqueda de su universo interior. Pero hay más, con la creación de unos personajes apócrifos, no se trataba para Machado de pensar y de verse pensar. Aquellos artículos y cuadernos escritos al día sin ningún proyecto orgánico muestran que concebía su obra – a través de la forma literaria que llegó a escoger, casi abandonando a principios de los años veinte, y hasta la guerra, el verso por la prosa – como materia en perpetua elaboración. Ahí se origina la extraordinaria riqueza del pensamiento de Machado, pero también cierta dificultad metodológica para dar cuenta de esta obra, que es el resultado de una escritura difusa que superpone varios lenguajes y los une en un trabajo sin fin, que quizá nos permita ver en la prosa machadiana – y por ejemplo, en la elaboración de una teoría poética mucho más moderna que su propia práctica – la coronación de la obra lírica.

De aquí, no obstante, el indudable fracaso de todo acercamiento temático ajeno o indiferente a la reestructuración continua de los puntos de vista y de lo dicho, a la irremediable tensión o contradicción entre teoría y práctica que conducen al escritor no sólo de la poesía a la prosa, sino del solipsismo al elogio del diálogo y a la reflexión crítica, y de éstos al compromiso político y a la militancia por la cultura.

Poco importan las máscaras del poeta o que no haya conseguido imponer su forma - en su deseo de renovación del romance. Los caminos de Antonio Machado son graduados, pero siempre coherentes. Antonio Machado es para mí un intelectual capital. Sin duda uno de los más consecuentes, el único cuya trayectoria ideológica y política se afiance cuando la de los grandes intelectuales del momento, Unamuno u Ortega, oscila y se borra lentamente en la amargura y la incomprensión.

En la obra de Machado encontré siempre un aliciente intelectual, una lección moral, una lúcida presencia. Esta exige una lectura plural y continua. La edición de Aurora fue mi librito rojo, sigue siendo mi libro de cabecera.

Paul Aubert